Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Discurso

XXVII Conferencia Internacional del Consejo Pontificio para la Pastoral de la Salud 2012

El hospital, lugar de evangelización: misión humana y espiritual

17 de noviembre de 2012

Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos hermanos y hermanas:

Os doy mi calurosa bienvenida. Agradezco al presidente del Consejo Pontificio para la Pastoral de la Salud, monseñor Zygmunt Zimowski, sus amables palabras; saludo a los ilustres relatores y a todos los presentes. El tema de vuestra Conferencia —"El hospital, lugar de evangelización: misión humana y espiritual"—me ofrece la ocasión de extender mi saludo a todos los agentes sanitarios, en particular a los miembros de la Asociación de Médicos Católicos Italianos y de la Federación Europea de Asociaciones Médicas Católicas, que, en la Universidad Católica del *Sacro Cuore* de Roma, han reflexionado sobre el tema "Bioética y Europa cristiana". Saludo igualmente a los enfermos presentes, a sus familiares, a los capellanes y a los voluntarios, a los miembros de asociaciones, en particular de UNITALSI, a los estudiantes de las facultades de medicina y cirugía y de los cursos universitarios de las profesiones sanitarias. La Iglesia se dirige siempre con el mismo espíritu de fraterna participación a cuantos viven la experiencia del dolor, animada por el Espíritu de Aquel que, con el poder de su amor, ha devuelto sentido y dignidad al misterio del sufrimiento. A estas personas el Concilio Vaticano II dijo: no están

de olvidar que su vocación es servir a cada hombre y a todo el hombre, en las diversas fases de su existencia. Es deseable que el lenguaje de la «*ciencia cristiana del sufrimiento*» —al que pertenecen la compasión, la solidaridad, la participación, la abnegación, la gratuidad, el don de sí—se convierta en el léxico universal de cuantos trabajan en el campo de la asistencia sanitaria. Es el lenguaje del Buen Samaritano de la parábola evangélica, que puede considerarse—según el beato papa Juan Pablo II—«*uno de los elementos esenciales de la cultura moral y de la civilización universalmente humanas*» (Lett. Ap. *Salvifici doloris*, 29). En esta perspectiva los hospitales deben ser considerados como lugar privilegiado de evangelización, pues donde la Iglesia se hace «*vehículo de la presencia de Dios*», se convierte al mismo tiempo en «*instrumento de una verdadera humanización del hombre y del mundo*» (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota doctrinal sobre algunos aspectos de la evangelización*, 9: *L'Osservatore Romano*, ed. en español, 21-12-2007, p. 11). Sólo teniendo bien claro que en el centro de la actividad médica y asistencial está el bienestar del hombre en su condición más frágil e indefensa, del hombre en busca de sentido ante el misterio insondable del dolor, se puede concebir el hospital como «*lugar en donde la relación de curación no es oficio, sino una misión; donde la caridad del Buen Samaritano es la primera cátedra; y el rostro del hombre sufriente, el Rostro mismo de Cristo*» (Discurso en la Universidad Católica del *Sacro Cuore* de Roma, 3-5-2012: *L'Osservatore Romano*, ed. en español, 6-5-2012, p. 3).

Queridos amigos: esta asistencia sanadora y evangelizadora es la tarea que siempre os espera. Ahora más que nunca nuestra sociedad necesita de "buenos samaritanos" de corazón generoso y brazos abiertos a todos, sabiendo que «*la grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre*» (Encíclica *Spe salvi*, 38)15. Este "ir más allá" del acercamiento clínico os abre a la dimensión de la trascendencia, respecto a la cual un papel fundamental desempeñan los capellanes y asistentes religiosos. A ellos compete, en primer lugar, hacer que se transparente en el variado panorama sanitario, también en el misterio del sufrimiento, la gloria del Crucificado Resucitado.

Una última palabra deseo reservaros a vosotros, queridos enfermos. Vuestro silencioso testimonio es un signo eficaz e instrumento de evangelización para las personas que os atienden y para vuestras familias, en la certeza de que «*ninguna lágrima, ni de quien sufre ni de quien está a su lado, se pierde delante de Dios*» (*Ángelus*, 1-2-2009: *L'Osservatore Romano*, ed. en español, 6-2-2009, p. 15). Vosotros